





Daniel Arturo Hernández Rodríguez  

¿Una vieja canción imaginativa y juguetona, ingenua y optimista, vuelve después del tiempo a despertar la infancia, como el aroma de una *madeleine* en los dedos de Proust? ¿O es al revés, jugando con los niños, cuando la imaginación no se calla, que un gesto, un contacto y una frase despiertan la vieja canción? Dos musas, a la vez, quieren adueñarse de ese instante que nos ha invadido: la poesía y la ciencia. Son dos diosas intempestivamente sujetas al capricho de un humano, quien puede rechazar una o ponerlas en disputa. Dos malas opciones, pero el instante es de libre-juego y abre el recinto ¡a las dos! Así, niños, adulto y diosas crean una investigación que se configura como poema y que solo por esta confluencia desvela una verdad poética, como acervo de la infancia, que nos puede acompañar toda la vida.

Es intrincado este sendero para recorrer todo el paraje levantado por el conjunto de investigaciones que conforman este número de nuestra revista *Infancias Imágenes*. Uno quisiera que la divulgación científica, al menos en los temas sociales y humanos, particularmente en los dedicados a la infancia pluridiversa, no censurara siempre la primera persona, el rodeo narrativo, la implicación afectiva. ¿Cómo estudiar los miedos infantiles sin recordar los propios? ¿Qué lleva a una profesora de matemáticas a elegir, entre el universo inconmensurable de preguntas disciplinares, didácticas y pedagógicas, precisamente ese lugarcito invisibilizado e inconfesable del miedo infantil que, sin embargo, es a menudo poderoso señor de la impotencia?

Otro muy distinto es el lugar del artista corporal, que junto a otros artistas crea una danza de interacciones interculturales —inicialmente con participación indígena y de la comunidad— con niñas, niños y bebés quienes ni han comenzado la cuenta de sus años. El artista conoce la poética del movimiento y la necesidad de implicarse a plenitud con la obra. Para la revista elige sus reflexiones

conceptuales de infancia, en conversación con pensadores contemporáneos. Entre la opción de acercar la niñez a la adultez, como una suma de experiencias lineal o por etapas, y la de detenerse en sus diferencias esenciales y hacer un recorrido a saltos, escoge la segunda. Así como se decanta por la estética sobre la epistemología y por la interacción sobre la contemplación, el espíritu de su trabajo resulta más poético que teórico. Reclama éticamente el derecho de niñas y niños a vivir sus infancias, a no ser interrumpidos en sus juegos, experiencias y actividades, a no creer que nosotros sabemos quiénes son, pues estamos en constelaciones diferentes de existencia y ellos devienen (cambian) a velocidades que hace tiempo los adultos no practicamos. De modo que debemos preferir interactuar en los escenarios y momentos que ellas y ellos propongan y, de nuestra parte, crear las condiciones propicias para que esto suceda.

Muy cerca de este trabajo, poéticamente, se encuentra el análisis fílmico de tres películas, cuyos protagonistas son niñas y niños en circunstancias adversas. El cine suele depurar los fenómenos que toca y, al hacerlo, a veces los descubre; los saca de la costumbre que los hace invisibles o que nos hace insensibles, despierta y nos pone en contacto directo con aquello que sordamente sabemos que negamos. A su modo, paradójicamente, Cesar Vallejo dice en un poema: “(...) Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza / ¡Innovar, luego, el tropo, la metáfora? (...) / Un banquero falsea su balance / ¿Con qué cara llorar en el teatro? / (...)”. Y sí, lloramos en el cine y leyendo literatura y mirando una pintura, una danza y un poema de Vallejo. Solo que lloramos en verdad con y por el ser humano y si la edad se compagina con la calidad de nuestras experiencias humanas, lloramos más fácilmente viejos que jóvenes. La mentira, el artificio del arte, nos permite sentir aquello de lo que nos protegemos diariamente sin ver que ya está adentro. La

poética del cine-arte entonces necesita el análisis sapiente que nos impulse a ir a buscar allí también nuestras verdades.

Los comentarios poéticos llegan hasta aquí, donde esta perspectiva de la investigación de la infancia puede ser legítima con los artículos, todos aquellos que componen el presente número y se encuentran presentados a continuación, uno por uno, sin la pretensión de hacer un resumen de ninguno.

El investigador estadounidense Theo W. Uskovič y sus pequeños Evangelina y Vuk, hija e hijo, autores los tres de la investigación titulada *La conexión Pet Sounds: cuando todas las cosas cobran vida*, cuyo original en inglés apareció en el volumen 23 número 1 (2024) de nuestra revista, nos han concedido el derecho de publicar ahora, en la cuidadosa y poética versión al castellano de la traductora Luisa Fernanda Escobar, su nueva singular y revolucionaria creación colectiva. La disponemos, pues, para lectoras y lectores que conciban las infancias poéticas, entre su diversidad, y para quienes crean que la poesía o la poética es parte constitutiva y esencial de la infancia. El singular “infancia” hace las veces de universal, de modo que pueda decirse que toda niña y todo niño, aunque sea en algunos juegos o ensueños clandestinos, debe poder realizar hallazgos y fugas poéticas y lúdicas de su existencia, ya sea en el esplendor y la generosidad de interacciones significativas de la vida o desde la precariedad o la inseguridad, al interpretar algún gesto humano, empático y gratuito, por el que encuentra un hilo poético en contacto con la vida, con otra u otro, con un mundo. Por su parte, lo que se encuentra en este artículo es, sin más, el espíritu lúdico y poético infantil, secundado, compartido y disfrutado amorosamente por un adulto cuyas numerosas investigaciones “serias” no han mellado su propia infancia poética.

Karen Lorena Gaitán Mesa y Alexia Díaz Altamirano consiguen inquietar y llamar la atención de quienes aman las matemáticas, de quienes no las quieren y de quienes las temen, así como de “profes”, acudientes, orientadoras y orientadores escolares y de la gente que debe lidiar con la polarización y los prejuicios que despierta esta rara

y maravillosa disciplina, en su versión escolar; la primera que introduce en la escuela un lenguaje distinto de la lengua materna. *Tengo miedo... ¿a las matemáticas? Una reflexión desde la infancia y la escuela* es un título que define con claridad lo que el artículo promete: orientar la reflexión sobre la(s) matemática(s) en sus relaciones emocionales con la infancia y en el ámbito de la escuela, puntualmente, por el miedo que despierta en innumerables pequeñas y pequeños estudiantes, plurales en su condición, edad y situación. Como en otros artículos de nuestra revista, hay también un elemento poético, que en este caso proviene de la inspiración en el ilustrador y escritor de literatura infantil Ivar Da Coll, quien relata sus propios miedos escolares en uno de sus libros. Nos parece fundamental la intención de mostrar, con sencillez y claridad, errores de graves consecuencias que cometemos los adultos desde nuestras distintas posiciones acrílicas y prejuiciosas, en torno al aprendizaje de la disciplina matemática. Las autoras también acuden a algunos elementos de la “epistemología genética”, así relacionan la evolución de los cuerpos y las mentes infantiles con las formas en que los humanos nuevecitos interactúan con el mundo y hacen construcción mutua de mundo y de sí mismos. De esta manera resulta sustancial el aporte de las autoras en la creación de una postura ética de observación, escucha y respeto por las experiencias de mundo en el encuentro con lo matemático, en el origen de esta forma del pensar en las niñas y los niños.

Con el artículo de Juan Camilo Herrera Casilimas, *Sentidos de lo inaprensible: ambages discursivos al concepto de infancia*, accedemos a la densidad de un pensamiento que tiene, por urdimbre, una formación y experiencia artística fundamental, y por trama, un trabajo académico y reflexivo en torno a la infancia, en diálogo con los teóricos Carlos Skliar y Carlos Casanova, y con los escritores Yolanda Reyes y Michael Ende. Esto le permite desplegarse en lenguajes corporales, comunicativos y participativos en la creación de una obra escénica que involucra principalmente a niñas y niños de la “primera infancia, de 0 a 5 años”, y a su comunidad indígena (del pueblo Nasa), todo ello con el apoyo y la participación del grupo

artístico y cultural Libre colibrí al igual que de artistas de la comunidad. En este texto encontramos la elaboración del concepto de infancia, que desborda los “ambages” anunciados en el título puesto que, en el simposio que dirige el autor con los escritores invocados, construye una importante red conceptual y problemática para quienes trabajamos o investigamos con niñas y niños, para quienes nos preguntamos por cómo estamos constituidos o necesitamos de esa fuente de renovación humana donde fertilizar el optimismo.

Al leer un artículo como el de los autores Francisco Hernández Galván y Diana Támara Martínez Ruiz (doctorados en distintas universidades mexicanas en sociología y en antropología respectivamente), uno quisiera recomendarlo a los lectores como si se tratara de una grata película, con la amabilidad de no adelantar nada que menoscabe la novedad de la experiencia. Y esto, que vale también para otros textos, se dice aquí respecto a este artículo que despliega su análisis sobre tres películas, en aspectos que acaparan nuestro interés sobre la infancia y su diversidad, y ha encendido mi deseo de verlas. Pues bien, espero que ocurra lo mismo con quienes lean esta nota editorial antes de ir a los textos mismos. Mientras en el título *Infancia y afectos precarios en tres episodios fílmicos la precariedad* aparece como un adjetivo de los afectos, en el cuerpo del artículo esta toca a las infancias narradas en los filmes en toda su existencia, lo que expresa que la precariedad es un actor fundamental en cada espacio, en cada construcción, en cada objeto, y también en las relaciones, como subrayan la autora y el autor. Los lugares de Afganistán en *Buda explotó de vergüenza* y de Siria en *Cafarnaüm* nos sitúan en paisajes urbanos devastados, donde los tejidos sociales están hechos girones y donde (como en Gaza) imaginamos imposibles a las infancias. El tercer lugar es Estados Unidos en *El proyecto Florida*, espacio en que la precariedad emerge del contraste con la opulencia. Entonces los autores asumen el papel “epistémico” que tiene lo precario en cada filme, lo que supone el reto de pensar a partir de la poderosa “máquina del pensamiento” del cine (siguiendo a Gilles Deleuze, citado en el texto). Esto lo hacen al

conversar incesantemente con teóricos y pensadores (en su mayoría contemporáneos) de la(s) infancia(s), de los afectos, del cine, de manera que van diseñando arquitecturas que se sintetizan al final en su rica propuesta. En ella encuentran lugares de configuración inestable de realidades, unas instituidas fílmicamente por sus relatos, por sus lenguajes, por sus estéticas. Allí se conservan, se descubren y se crean sentidos de infancias vitales que emergen conformadas a partir de y por sobre las violencias, el abandono, las desigualdades, la desposesión y, sin embargo, con formas asombrosas de cuidado, agencia y resistencia. Aparece entonces una consideración múltiple y vigorosa sobre el “séptimo sello”, el arte del cine (el cine-arte) como camino (estético) del pensar.

Nos complace publicar, en este número, el artículo de las investigadoras Paula Jimena González y Shirley Yisela Pulido, egresadas de la Maestría en Infancia y Cultura de la Universidad Distrital, junto con Ana Carolina Angulo, magíster en Neuropsicología y Educación, que lleva por título *Cazar imaginarios para arreglar el mundo distópico que heredan las infancias*. Si este nombre no es suficiente para mover el ánimo lector en su búsqueda, paso a recomendar su lectura. Las autoras se entregaron a la tarea de hacer comprensible y amena la compleja y profunda teoría castoriadiana de los imaginarios sociales, exponiendo conceptos fundamentales y proponiendo una elaboración de su arquitectura y su carácter dinámico. No faltan las advertencias sobre las graves implicaciones subjetivas, tanto para emancipadores sociales como para investigadores consecuentes. Castoriadis estudió a Marx y a Freud, además de ser heredero de la filosofía occidental, definiendo en cada caso los aspectos de su distanciamiento y decantando todo aquello en su creación singular. El aspecto inconsciente y activo de los imaginarios pone grandes retos a nuestra autonomía y nos obliga a un auto-examen fundamental en nuestras valoraciones sobre nuestras interacciones, en especial, como dicen las autoras, cuando debemos tratar con poblaciones vulnerables y, cómo no, con las infancias. Así que las autoras se dedican a crear una preciosa metodología, a fin de poder interactuar investigativa y profesionalmente

con las infancias y, en ello, no desatar violencias destructivas que anidan en los imaginarios que inconscientemente nos habitan.

En la investigación de María Luisa Trejos, *Capacidades desde el desarrollo familiar: una sistematización de experiencias en trabajo con familia para la garantía de derechos de niños, niñas y adolescentes*, asistimos a la conversión de un programa institucional de “restitución de derechos” en una investigación circunscrita a la “sistematización de la experiencia”. En este proceso se ha incorporado la reflexión filosófica de Martha Nussbaum sobre las capacidades humanas y elementos teóricos de distintas fuentes, sobre las emociones y la consideración sobre futuros o proyectos de vida, para entender los procesos de cambio en la conciencia y en las prácticas interactivas al interior de un grupo de familias, registrados durante el desarrollo del programa. No es una circunstancia menor la de que el “programa de Desarrollo Familiar” correspondiera a los “espacios familiares educativos” en una Comisaría de Familia. No obstante, la sistematización se realiza con el rigor que demanda la investigación. La lectora o el lector interesado encontrará satisfacciones relativas al encuentro con las voces de miembros de las siete familias elegidas, personas desde los seis años hasta cerca de los sesenta. Cada transcripción ha sido seleccionada como representante de algún aspecto fundamental o relevante del cuadro fenomenológico en la evolución de la restitución de derechos vulnerados, sin necesidad de recurrir a descripciones re-victimizantes. Esto concuerda con el propósito de restablecer, comenzando por el discurso, la dignidad humana de los involucrados, camino a fortalecer o crear en las niñas y los niños vulnerados sus capacidades de “exigibilidad” de reconocimiento de sus derechos humanos.

Con el artículo *Competencias parentales para el acompañamiento familiar al desarrollo infantil*, aportado por las doctoras Mónica Alexandra Salto Cubillos y Juana Emilia Bert Valdespino de la Universidad Nacional de Educación (Ecuador) y por María Emilia González Salto de la Universidad de Cuenca (Ecuador), las autoras orientan nuestras miradas lectoras hacia las madres, padres y demás

cuidadores de niñas y niños de entre 3 y 5 años de edad. Se entiende que distintas falencias en las aptitudes que constituyen la competencia llevan al estrés de las o los adultos y afectan negativamente el desarrollo infantil. La investigación, cuyos resultados provienen de un juicioso análisis soportado en la ciencia estadística, se realiza en relación con las niñas y los niños, quienes en sus desarrollos son más receptivos a las “actitudes e interacciones” que a las “estructuras familiares”. En la medida en que las investigadoras nos exponen el instrumento, los procedimientos, los elementos teóricos (órganos y funciones) sobre crianza, interrelaciones, familia, competencia, etc. permiten valorar su trabajo y abrir caminos dialógicos.

Las doctoras Aura María Torres-Reyes y Reina Castellanos Vega, junto a su compañero de investigación Alberto Villas Valencia, nos comparten su trabajo *Correlación entre variables sociodemográficas docentes y calidad educativa en primera infancia*. El título precisa el objeto de estudio y el modo de abordarlo. La institución de cuidado y educación abordada está en San Vicente del Caguán y atiende niñas y niños entre los dos y los cinco años. En Colombia sabemos que esta población fue centro de diálogos de paz, precisamente por ser escenario de violencias y donde las infancias se asocian, no sin razón, con las víctimas. Al menos en este sentido —pero no solo en ese—, resulta curioso que la “calidad” educativa sea tradicionalmente objeto de la medición y el análisis estadístico, más que de la narración reflexiva (con sus síntesis holísticas) en procesos y experiencias. Y bien, aquí la “calidad educativa” se desenvuelve en aspectos y estos en indicadores con los que se construyen encuestas. En ese contexto, los resultados quedan a merced de ecuaciones, porcentajes y correlaciones, cuya lectura estadística se consagra al reflejo de una percepción colectiva, referida a las instituciones de la familia y del Centro de Desarrollo Infantil (CDI) de una población determinada. Como lectores estamos frente a una aprehensión valiosa de ese fragmento de realidad, que permite a los autores delimitar el alcance de su trabajo e invitar a otras y otros investigadores a explorar diferentes aspectos o “variables sociodemográficas”

del fenómeno. A lo largo de la exposición, lo estructural, lo normativo, las políticas y los liderazgos institucionales se van relacionando con los organismos internacionales, regionales, nacionales y locales, al considerar desde aspectos conexos o excluidos metodológicamente hasta datos históricos de la evolución del servicio. Y entonces resulta determinante el momento puesto que la institución se encuentra, según entiendo, en proceso de transformación y ampliación de su labor, de manera que pueda responder a las inmensas necesidades de atención de las infancias en la región. Frente a ello, la pertinencia y la riqueza del texto tienen que ver, especialmente, con la elección de explorar la dimensión subjetiva, la percepción de las personas involucradas en todos los aspectos del cuidado y la educación de la gente menuda. Quienes lleguen al final, luego de atravesar los análisis técnicos de los resultados estadísticos, sentirán la sensación de “salir al otro lado” cargados de preguntas y curiosos por algunas lecturas paradójicas.

10

El artículo *Imaginario infantil: regreso escolar post ASPO* (aislamiento social preventivo obligatorio) y *vivencias emocionales durante el confinamiento. Estudio cualitativo con dibujos*, por la investigadora Carolina Greco de la mano con el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), en Argentina, es un aporte fundamental que muestra la vigencia de la necesidad de insistir en investigar el fenómeno social y humano de la pandemia (*Covid-19*), pese a la rápida pérdida del interés social en ello. En mayo de 2023, luego de que el virus rigiera en el mundo durante tres años y medio, se decretó oficialmente la superación definitiva de la pandemia. Hoy incluso va desapareciendo la consideración pública de las secuelas psicológicas y sociales con las que, no obstante, continuamos lidiando, especialmente por los diversos efectos nocivos en quienes la vivieron en momentos decisivos de su formación infantil y en situaciones críticas. Pues bien, con este artículo la autora nos allega información sistemática, comprensiva y sensible sobre experiencias infantiles de ese aislamiento *obligatorio* y la inminencia de volver presencialmente al colegio. Como animales creadores de sociedad y humanidad, de vínculos e interacciones, somos esencialmente

interdependientes y afectivos. El hecho espacial y corporal del aislamiento y el confinamiento constituyó violencias efectivas, reforzadas ideológica y discursivamente con carácter amenazante, de modo que se ha atemorizado, culpabilizado y frustrado nuestro deseo de estar e interactuar juntos. Y bien, ¿cuál puede ser el efecto de estas “tergiversaciones” y violencias físicas y psicológicas en las niñas y los niños de distintas edades, en diversas condiciones, que hoy se manifiesta de diversas maneras y que quizás lo hará de otras formas a lo largo de sus vidas? Con esta pregunta quisiera resaltar la importancia del contenido acumulado en los datos tratados en este artículo, que además cuentan con la fortuna de responder a cuestiones de la imaginación, la emoción, la vivencia, el conocimiento y las expectativas de las niñas, los niños y sus madres... en el momento mismo de sus experiencias durante la pandemia.

Abocados a interactuar con niñas, niños, adolescentes y jóvenes, por las circunstancias o por convicción, en situaciones cotidianas o en proyectos, investigadoras e investigadores de las ciencias sociales y humanas, de las artes, de la educación, de la salud y de casi cualquier disciplina necesitamos, de improviso o frecuentemente, cruzar los límites de nuestras especialidades cuando, en la relación con ellas y ellos, requerimos de su confianza, de sus relatos, del diálogo. Sentimos entonces la inseguridad del extrañamiento, la lejanía de su otredad, la ausencia de nuestra otredad en ellas y ellos, y lo insondable de su humanidad. ¿Es este malestar un impase profesional, un “abismo” generacional, una limitación personal? Nos hemos encontrado de repente con el rostro, con la mirada directa, inmediata, de otra, de otro, de quien no ha aprendido a ser complaciente o vive en tiempos que en nosotros ya pasaron y están en el olvido, de quienes experimentan sus mundos desde su adolescencia o su niñez y de quienes, por conocimientos parciales, prejuicios y olvidos, nos cuesta reconocer sus otras humanidades cabales en devenir.

En la revista *Infancias Imágenes* nos reunimos, como partícipes y lectores, distintos cultores de este enigma siempre nuevo pese al acumulado incommensurable de investigaciones, conocimiento, pensamiento, arquitecturas conceptuales, preguntas y

saberes de las más diversas perspectivas. Al haber nacido en una facultad de educación de una universidad pública, nuestra preferencia por la otra y el otro va más allá de la enfermedad, la limitación específica, el aprendizaje curricular o el dominio de una habilidad. Puede ser un enigma formarse un saber reconocimiento, cercano e incluso íntimo, o simplemente el darse cuenta de las personas y las comunidades involucradas cuando todo lo observable o medible, si es que resulta conveniente, encuentra su significación y sentido a través de la interacción dialógica y el relato, donde el valor de la experiencia, personal o colectiva encuentra su memoria, sus relaciones comprensivas, su poder reconstructivo y su expresión comunicable. Fundamentos conceptuales, teóricos y demandas institucionales quedan bajo el juicio del acontecer investigativo, de la riqueza de sus relaciones humanas y de pensamiento y del nuevo saber que se vaya obteniendo, cuya confiabilidad depende del acierto y cuidado a lo largo de su proceder y no pocas veces de lo que transforma o crea personal, social o institucionalmente. Las elucidaciones compartidas, la gente y la fuerza creadora y transformadora que contienen estas investigaciones involucran en su totalidad intelectual, afectiva y creadora (a distintos niveles) no solo a los distinguidos como investigadores, sino igualmente a quienes y con quienes se realizan. Así, en esta vida investigativa, puede acontecer la voz poética y psicoanalítica de los autores que dicen que “el otro soy yo” o que “yo soy los otros”. Sucede cuando resulta inevitable, para

quienes investigan, vivir con los sufrimientos de la gente con la que se involucran e igualmente al entender y poder cambiar algo que, al tocar su esencia emancipadora, se desata la alegría contagiosa. La investigación humana y social es compañera de la libertad y a medida que crece contesta sin cesar a la llamada realidad (“instituida”), abriendo el maravilloso abanico de lo posible.

Los últimos en ser reconocidos como sujetos participantes en las investigaciones que los incluyen han sido las niñas, los niños, los adolescentes y los jóvenes. Esta pequeña gran revolución, de los recién venidos al reconocimiento de sus cabales humanidad y ciudadanía en devenir (sujetos plenos de derechos), no cesa de dar frutos en la vida social y en la investigación. Ello resulta fundamental, en parte, por el recurso a los lenguajes humanos y su riqueza interactiva, comunicativa y reflexiva. Como humanidad, somos el ser que en los primeros años aprende a hablar y que transmite su experiencia de vida y de mundo a través de relatos y diálogos, de la totalidad de sus lenguajes (corporales y con los medios del arte). Todas estas expresiones, aparentemente sencillas, resultan asombrosas cuando se las examina por su contenido, por su forma y por su temprana creación. Puede decirse que solo entonces, incorporadas estructuras de relato junto con las experiencias de las infancias en enjambres de palabras, comienza su escucha, su lectura y su reconocimiento a profundidad. Así ellas surgen entre nosotros, también seres humanos cabales en devenir.